



A finales de los tranquilos años cincuenta» de que hablara Robert Lowell, estaba yo traduciendo *Anábasis* de Saint-John Perse, y debía ir a Washington para mostrarle nuevos fragmentos de mi versión. Me sorprendió una llamada suya preguntándome si pensaba estar allí *realmente* dos días después, pues Mac Leish estaba ansioso por conocer detalles de aquella súbita insurgencia en Cuba sobre la que había versiones confusas y contradictorias.

Perse apenas se interesó por la traducción. Yo había concluido el poema que más me gustaba, *Imágenes para Crusoe*, y los contenidos en *Eloges*, sobre todo los escritos para celebrar a una Reina. Me sentía más atraído por el ambicioso castillo de mil puertas que por *Anábasis*.

Me preguntó sobre Castro. Dijo que algo estaba ocurriendo en el mundo colonial y aquello me sonó prehistórico. ¿Qué relación tenía Cuba con el mundo colonial que, al menos en lo que respecta a la América hispana, había terminado en el siglo XIX? Pero el rostro de Saint-John Perse, apergaminado, apenas tocado por los años, con el bigote inalterable de siempre, estaba contraído en un solo gesto de inquietud.

*Amers* era su último poema, pero él no ocultaba su interés por *Exiles*. Trabajaba y prefería las grandes estructuras poemáticas lo mismo que Paul Claudel; pero en el mundo de Saint-John Perse todos los dioses estaban muertos. Las *tarefas* humanas eran su héroe, y su técnica, una infinita acumulación de enumeraciones permutables, aptas para describir con igual intensidad la paz o la guerra. Su casa de Georgetown era un arsenal de objetos insólitos que hubiesen podido formar parte de sus largos poemas arbitrarios que André Breton consideró precursores del surrealismo.

Creo que siguen apreciándose en Francia los poemas que menos me interesaban de él. Yo vivía enamorado de sus primeros libros surgidos del mundo antillano en que nació. Poemas de gran encanto y frescura que no he vuelto a leer; pero que conservo intactos en la memoria y los valoro con el mismo fervor de adolescente.

Perse me invitó a un café de la Calle M del que era parroquiano habitual, y allí estuvimos largo rato conversando. El no pensaba en el regreso a Francia, se sentía bien en la Biblioteca del Congreso, trabajaba en otro poema, sí, también largo, un largo poema de amor; pero de amor concreto, físico, carnal. Recuerdo la precisión con que habló del proyecto; pero sobre todo lo recuerdo a él: la camisa que sobresalía del *cardigan*, el sombrero, su dicción profunda y al mismo tiempo reposada.

Lo conocí en la primavera de 1958. Busqué su nombre en la guía telefónica y lo llamé. Me dijo que me recibiría con mucho gusto, que le diera mis señas en Washington; él saldría de viaje por unos días y me enviaría un telegrama al regreso diciéndome dónde y cuándo podríamos encontrarnos. Esto coincidió con la salida de Ezra Pound del sanatorio de dementes donde había estado recluido desde 1945. Vi a Pound de cerca, seguido por fotógrafos, rodeado de un público que lo observaba con curiosidad sin saber quién era. En la fría primavera, Pound llevaba un sombrero oscuro de fieltro y una capa negra, y su barba característica. Miraba sin mirar, sonreía como por obediencia. Anduvo a pie toda la ciudad y los periódicos publicaron su foto. Pensé en hablarle, pero no tuve fuerzas para acercarme a aquel hombre vencido por sus contradicciones y sus penas.

Lo comenté con Perse que, junto con MacLeish, Robert Frost y Hemingway, era un esforzado partidario de que se le dejase en libertad. El confinamiento de Pound en el hospital «Elizabeth» en las afueras de Washington fue la única opción que encontraron los norteamericanos para no juzgar más severamente al viejo poeta antisemita cuyo amor por los *valores* de Europa lo convirtió en un militante del fascismo. A Perse le interesaba un Ezra Pound libre, que fuese el responsable moral de su arbitrio, juez de sí mismo. En aquel momento yo sabía más de Ezra Pound que de Fidel Castro; pero Perse estaba interesado en el cubano. ¿Quién era aquel joven audaz? ¿Cuál había sido su vida, su pasado?

Fidel Castro no había hecho explícita ninguna ideología política. Saint-John Perse, que había vivido en carne propia la persecución fascista en la Francia de Petain (había sido secretario de relaciones exteriores en el gobierno de Aristides Briand, y la Gestapo allanó su casa y le incautaron sus bienes, incluidos, según él, sus mejores poemas) me hacía una y otra vez las mismas preguntas: ¿qué fuerzas internas apoyan a Castro? ¿Era el suyo un alzamiento nacional o una revolución a fondo? ¿Era un cambio de instituciones lo que propugnaba el Movimiento 26 de Julio?

Yo no sabía responder a tales preguntas. Le daba mi respaldo incondicional al rechazo a Batista, a quien culpaba de haber interrumpido el proceso democrático que los presidentes Ramón Grau y Carlos Prío habían respetado. En los ocho años en que gobernaron estos dos presidentes del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) terminó mi niñez y comenzó mi adolescencia. Fueron gobiernos corruptos, pero de ellos se desprendió el ala socialdemócrata en que se destacaron los dirigentes de mayor popularidad de la historia política cubana: Eduardo R Chibás y José Pardo Liada.

Pardo era un joven periodista cuyos comentarios radiales se escuchaban todos los días a la una de la tarde. En 1950 fue elegido representante a la Cámara (el que tuviera veinticuatro años y no treinta y cinco, como establecía la Constitución, impidió que fuese elegido senador) con la más alta votación que obtuviera candidato alguno en cuarenta y ocho años de vida republicana. Chibás era senador de la república y fundador del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) en el que Pardo ingresó de inmediato. Los dos eran constantes arietes contra la corrupción administrativa y contra los grupos gangsteriles que medraban a la sombra del poder. No eran los únicos; pero sí los que se destacaban más, apoyados por numeroso electorado y un amplio reconocimiento popular.

Fidel Castro también pertenecía al Partido Ortodoxo (como solía llamarse habitualmente al partido que fundara Chibás), pero su participación carecía de importancia. Ni siquiera como líder estudiantil consiguió la presidencia de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) que entonces ejercía gran influencia en la vida política cubana y que pretendía representar, si no regir, al estudiantado desde la colina donde estaba situada la Universidad. Fidel participaba de todas las actividades de la Federación, pero los líderes del estudiantado eran otros. Algunos murieron en enfrentamientos con la Policía durante las manifestaciones callejeras; otros, más polémicos, fueron muertos por organizaciones gangsteriles rivales que también tenían sus cuarteles en la Universidad.

Las más importantes de estas organizaciones, entre los años cuarenta y cuatro y cincuenta y dos, fueron el Movimiento Socialista Revolucionario que dirigía Manolo Castro —ex combatiente de la Guerra Civil española y Director Nacional de Deportes en el gobierno de Grau, y Rolando Masferrer, un político temerario y hábil, también ex combatiente de la guerra de España y ex comunista— y la Unión Insurreccional Revolucionaria, dirigida por Emilio Tró, veterano de la Segunda Guerra Mundial del Ejército norteamericano. A esta última se incorporó Fidel Castro.

Los dirigentes de estas organizaciones murieron en acciones de enfrentamiento, y durante años el asesinato de Manolo Castro

le fue atribuido a Fidel. Aunque esta acusación no se pudo probar, pasó desde entonces a formar parte de su leyenda: a partir de ese tiempo se destacó menos como un joven que luchaba contra la corrupción que minaba la vida pública cubana que como *el Gallego*, capaz de enfrentarse a tiros a sus rivales más audaces. Sin embargo, los votos de los estudiantes eran para Enrique Ovares, Justo Fuentes, Enrique Huertas, Alvaro Barba, en quienes reconocían a sus portavoces naturales. Fidel no conseguía más que exhibir su eros desenfundado por la violencia, su temeridad, encarnada en un corpachón de más de seis pies que contrastaba con una voz de niño ronco, casi idéntica a la del presidente Prío.

En uno de los actos en que la FEU conmemoraba el 27 de noviembre —fecha en que el poder colonial había ejecutado a ocho estudiantes de Medicina en 1871— Fidel logró que lo dejaran hablar: «De altar ha de tomarse a la patria para ofrendarle nuestra vida y no de pedestal para levantarnos sobre ella...» Aunque el orador, alto y lampiño, pugnaba por remedar el tono y el estilo de Pardo Liada, su fracaso estuvo compensado por la calidad literaria de aquellos parlamentos que demostraban una capacidad extraordinaria para improvisar sin titubeos; pero tan pronto avanzó en su discurso advertí su inconfundible origen. Lo comenté con Carlos Miguel Díaz, un compañero de estudios que se encontraba junto a mí en el auditorio.

—Es un nuevo Pierre Mennard, me dijo sonriente. (En esos días él estaba haciendo una lectura casi fanática de Borges, y Mennard es ese personaje borgiano que se propone escribir nuevamente el Quijote en páginas idénticas al original.) Fidel Castro estaba repitiendo palabra por palabra todo un discurso de José Martí y, desde luego, resultó el más aplaudido y elogiado de la noche por aquellos estudiantes que, para fortuna del orador, no conocían o no recordaban el texto martiano.

Ahora pienso que a Castro no le habría importado que se conociera este plagio, que estaba dispuesto a meterse en la historia como fuese. El componente de audacia que lo impulsó a apropiarse de un texto de Martí, demostraba una insólita capacidad *instrumental* para la lucha política; acaso la misma que llevó a Mirabeau, desde la soledad de la prisión, a escribir aquellas cartas a su amante en las que intercalaba como suyos artículos de la Prensa francesa que juzgaba valiosos.

Esa tendencia a la usurpación del discurso ajeno llevaría a Fidel Castro a apropiarse de ideas, frases o consignas de personajes que no tenían el prestigio moral e intelectual de Martí, tales como Benito Mussolini y Adolfo Hitler. Ambos políticos se encontraban entre los autores favoritos de Castro mucho después de terminada la Segunda Guerra Mundial, cuando los crímenes del fascismo y del nazismo eran poco menos que lugares comunes y sus respectivos caudillos ya habían sido condenados unánimemente por la humanidad.

Fidel contaba entre sus libros más preciados los doce tomos de *Discursos y escritos* de Mussolini que dejó en su testamento a Pardo Liada cuando, a muchos ruegos, consiguió que lo admitieran de soldado raso en el proyecto de cuerpo expedicionario que se organizó en 1948 en Cayo Confite —un islote del litoral cubano— para invadir la República Dominicana y derrocar al dictador Rafael L. Trujillo; y se sabe que el *Mein Kampf* de Hitler también se encontraba entre sus lecturas predilectas de entonces.

Recientemente pude oír viejas grabaciones de Mussolini atacando al «imperialismo británico» y tuve la impresión de que oía a Fidel Castro atacando al «imperialismo yanqui» ante la aprobación ruidosa de sus enardecidos partidarios. A esta admiración Castro ha sido fiel a lo largo de los años: «venceremos» la muletilla con que siempre termina sus discursos, fue un lema de Mussolini. El remedo textual de Hitler es más dramático: Fidel terminó su famoso alegato en el juicio por el asalto al Cuartel Moncada con una frase que el líder nazi había usado ante un tribunal de Munich: «Condenadme..., la Historia me absolverá.» Esa desfachatez para burlarse de la memoria histórica es uno de los rasgos más recurrentes de su personalidad. A la avidez por leer todo cuanto cayera en sus manos, unía él un deseo de utilizarlo, de hacer que actuara en su favor.

La primera vez que tuve la oportunidad de hablar largamente con él fue en 1951. Nos encontramos en el hermoso piso de estilo colonial que ocupaban el político matancero Yuyo del Valle y su mujer, Mañica, una muchacha tan bella que nadie se atrevía a mirarla a la cara. Fue casi al amanecer. Yo acompañaba a Juan Amador Rodríguez, periodista y aspirante a senador por la provincia de Pinar del Río. Alrededor de las ocho de la mañana nos reunimos allí Mario Rivadulla, Omar Borges, Juan Amador y yo. Al poco rato llegó Fidel Castro. Vestía un pantalón y una camisa muy ajados y era obvio que acababa de levantarse. Maruca nos ofreció café, y cuando le alcanzaba la taza a Fidel no pudo dejar de preguntarle si había dormido con la ropa puesta. «Además, te pusiste un calcetín de un color y otro de otro.» Nos echamos a reír y Fidel miró sus calcetines con alarma, pero luego se unió a la risa general.

—El pueblo no se viste mejor —repuso.

—El pueblo es más cuidadoso de lo que tú piensas —intervino Maruca—, y lo observa todo. Y no entenderá que tengas puestos dos calcetines diferentes. Les parecerá una extravagancia.

—Eso sí que no. De extravagante nada.

—Te daré un par de calcetines de Yuyo —dijo ella.

Fidel prometió que los devolvería después del viaje y preguntó si no podían prestarle también una camisa.

—¿Cómo diablos piensas meter ese corpachón en una de mis camisas? —Yuyo era de mediana estatura con tendencia a la obesidad.

Creo que alguien decidió planchar la camisa y, al rato, formábamos una pequeña caravana a lo largo del malecón habanero, partíamos de campaña electoral a la provincia de Matanzas. Fue una larga travesía: íbamos deteniéndonos en los pueblos de mayor importancia política y era evidente que en cada uno de ellos nos esperaban porque, tan pronto llegábamos al lugar previsto, divisábamos la tribuna desde la cual se dirigían al público Omar Borges, Mario Rivadulla, Juan Amador y Fidel. Todos hacían el panegírico del «próximo e indiscutible senador Yuyo del Valle, el candidato de los matanceros». Yuyo intervenía al final. Su estilo y argumentos eran idénticos a los de los otros: el mal era el partido del Gobierno; y el bien, el partido de la oposición al cual representábamos.

Aquel viaje fue una extraña jornada. Fidel Castro aspiraba a representante a la Cámara por La Habana, Juan Amador a senador por Pinar del Río, y solamente Yuyo por Matanzas. Mario Rivadulla y Omar Borges eran dirigentes nacionales del Partido del Pueblo Cubano. Un hombre, enigmático por su silencio y tocado con gran sombrero de fieltro que no se quitó en todo el trayecto, sonreía y pagaba los gastos de comidas y bebidas dando muestras de estar satisfecho. Era José Manuel Gutiérrez, jefe provincial del Partido.

En la ciudad de Amarillas Juan Amador me pidió que «hiciera uso de la palabra». Esa fue la primera ocasión en que hablé en público. Tenía 18 años, aún sin derecho al voto, pero con la misma inquietud moral de mis acompañantes. Me sentía de su parte. Aspiraba como ellos a una libertad donde la corrupción no fuese el precio que el país debía pagar por disfrutarla. Íbamos de un pueblo a otro; en medio del calor sofocante éramos como actores repitiendo los libretos de una acción política que se iba consumiendo con las horas.

Finalmente llegamos a Varadero, al viejo hotel «San Carlos» donde José Manuel Gutiérrez nos había reservado habitaciones

para pasar la noche. Nos fuimos a la playa y nadamos durante casi una hora hasta quedar exhaustos. Después de cenar, Rivadulla, Fidel y yo nos sentamos a conversar en un pequeño muelle abandonado. Mi vocación era la literatura, pero Fidel, Borges y Rivadulla, que me llevaban unos pocos años, representaban a la juventud cubana en aquellas campañas políticas en favor de la decencia pública. Yo quería comprenderlos, sacar de sus experiencias nociones que me sirvieran para definir aquella entidad huidiza, inexplicable y múltiple que era la realidad cubana, una mezcla de historia y geografía desafortunadas que no podía descifrar ni reflejar en mis trabajos. Me ocurría como a nuestros pintores con el paisaje tropical, se les hacía un agolpamiento de luz en la retina, se les tomaba negrura o esplendor sin matices.

—A mí el escritor que más me gusta es Romain Rolland —dijo de pronto Castro.

—Cuidado, que este hombre escribe —apuntó Rivadulla.

—¿Es verdad? —me preguntó Fidel.

—No le hagas caso. En Cuba todo el mundo escribe.

—¿Te gusta Romain Rolland?

—Lo leí hace tiempo.

—Bueno, yo no lo leo todos los días.

—Tenía una gran preocupación moral, eso es verdad. —Fidel me miró con alegría.

—Es lo que me gusta de él. No escribe por escribir. Los problemas sociales le preocupan.

—También a Víctor Hugo le importaron.

—Pero Hugo se ha ido quedando atrás. Es de otra época.

—Rolland fue un luchador de la Primera Guerra Mundial —le dije— Se quedó allá. La guerra que quiso detener lo anuló de algún modo. ¿Tú puedes leer todavía el *Juan Cristóbal*?

—Tal vez sí; pero ahora estoy leyendo otras cosas. Me gusta *Kaputt* y la *Técnica del golpe de estado* de Malaparte.

Mario Rivadulla asintió con vehemencia. Malaparte era el que más le gustaba. Más que Rolland.

Entonces Fidel habló de Dostoievski y lo hizo con un conocimiento de su obra que me sorprendió. Sin embargo, ¿cómo podía admirar del mismo modo a un simple filántropo que a un buceador de los conflictos más hondos de la naturaleza humana? ¿Qué vasos comunicantes establecía este joven político entre Rolland y Dostoievski? En aquellos tiempos yo no concebía emoción sin inteligencia.

El francés fue mi segunda lengua; me lo impuse como correctivo a la pereza emocional de la adolescencia. Las clases diarias comenzaban a las ocho de la mañana. Al concluir las lecciones del método, mi viejo profesor Robert Rest, que aún vestía a la usanza de principios de siglo, abrió los brazos como quien se despide de una larga faena: «*Eh bien, nous avons fini, cher ami. C'est a vous le travail de continuer.*» Pero decidí que mis primeras lecturas francesas fuesen guiadas por él. El primer libro fue *Noces (Bodas)* de Albert Camus. Tuve la suerte de que Rest simpatizara con el libro, pero no creo que participase de mi admiración por aquel poderío verbal que alzaba ante mis ojos retazos de mar y de la tierra centelleante de Argelia, del que surgían reflexiones sobre la vida, el amor y la muerte y, desde luego, sobre la historia.

Aquella lucidez atemperada por su culto camal a la Naturaleza eran mi única patria. Me sentía como el feroz portaestandarte de un elitismo que sólo admitía mis exclusivas afinidades. Mis héroes debían saber por qué amaban u odiaban o se exaltaban y se escarneaban. Era capaz de conmovirme hasta las lágrimas ante la inteligencia. Los poetas o los pintores a secas me parecían gente bárbara; pensaba que su genio era una especie de secreción primaria, animal. Hubiera yo cambiado la más bella metáfora del siglo por la formulación que más cerca estuviese de lo exacto. Mi novelista preferido era Kafka, precisamente por las razones que algunos estilistas hispanos lo desdeñan: no extrae su idioma de la literatura, sino de los manuales de ingeniería, de física y de botánica. Como decía Nabokov, Kafka era un hermano de Flaubert, y cuántos han querido explicarse la desesperación del novelista francés por *le mot juste* no tienen la más ligera noción de aquella asepsia por escapar de lo vago o lo aproximativo.

La vida cultural cubana de los años 50 era pura indigencia. Alejo Carpentier había huido de Cuba hacia Venezuela tratando de ganarse la vida como fuera; Lino Novás Calvo, autor de una excelente obra de ficción, rumiaba un desencanto patético en la redacción de la revista *Bohemia* y se dedicaba a traducir cuentos policíacos norteamericanos por los que la revista no pagaba derechos de autor; Enrique Serpa escribía largos reportajes políticos; tal como hadan también Jorge Mañach y Francisco Ichazo, dos ensayistas talentosos de los años veinte. José Lezama Lima, errático y tenaz, proclamaba una insularidad paradisíaca: afirmaba que lo cubano era sólo una categoría del espíritu al margen de la Historia. «Un país frustrado en lo esencial político tiene que hallar su expresión en otros cotos de mayor realeza.»

En 1948 estalló entre Jorge Mañach y José Lezama Lima una polémica a la que ni siquiera los fieles admiradores internacionales de Lezama han prestado atención. La inició Mañach desde las páginas de *Bohemia* a propósito de dos libros de poemas que Lezama y Cintio Vitier le habían enviado. Les reprochaba Mañach que insistieran en un hermetismo poético pasado de moda, y les pedía que pusieran su talento en experiencias distintas que no excluyeran la comunicación. Lezama Lima hizo prevalecer como virtud su entrega a la literatura en contra de quienes habían cambiado la *fede por la sede*, el rigor del trabajo literario por la ganga fácil de la política inmediata. De modo que hasta en los más abnegados sacerdotes de la cultura entraba la política como sinónimo de corrupción y lucro.

No obstante, todos los partidos repetían la misma estructura en que eran imprescindibles un intelectual y un negro. Las mujeres no eran factores decisivos. Hegel había establecido en su *Filosofía del Derecho* que la mujer debía obediencia al hombre, y para un cubano, Hegel era una autoridad indiscutible. Así estaban las cosas al comienzo de esta mitad de siglo. Cuba era un país venal y paródico.

En 1902, fue electo el primer presidente de la República, un viejo profesor independentista que todo el mundo aseguraba que había sido impuesto por el Gobierno norteamericano. De don Tomás Estrada Palma sólo se recuerda su honradez administrativa. Los Gobiernos que vinieron después fueron corruptos, y el encabezado por Gerardo Machado dio nacimiento a la actividad política más original de nuestro país, la de los estudiantes universitarios. Hubo tentativas de crear un movimiento obrero marxista-leninista, pero la pequeña burguesía estudiantil llevaba la voz cantante. Los héroes canonizados por la izquierda, Rubén Martínez Villena, Julio Antonio Mella, eran todos estudiantes universitarios. No sería hasta muchos años después, con la muerte a tiros del comunista Jesús Menéndez, un auténtico dirigente sindical, que el «proletariado» pudo contar también con un mártir y un símbolo.

El Movimiento 26 de Julio, fundado por Fidel Castro, no estuvo integrado por líderes sindicales ni su núcleo fundamental compuesto por la llamada clase obrera. Más bien por estudiantes, por jóvenes de la clase media y por esos marginales en quienes Herbert Marcuse veía encarnar las tareas que el movimiento obrero clásico estuvo dispuesto a ejercer.

Aquel anochecer de 1951 ninguno de los tres jóvenes que estábamos sentados en el muelle abandonado de Varadero pudo imaginar que al año siguiente el general Batista cancelaría el proceso democrático cubano con un golpe de estado.

Los proyectos de adecentamiento nacional que soñábamos realizar medio siglo después de la independencia, quedaron convertidos en nada. Ocho años significan mucho en la historia de una generación. La nuestra alcanzó su fisonomía durante el gobierno de Prío Socarrás. Los años cincuenta habían borrado la memoria funesta de las primeras tiranías de la República, e incluso el Batista de 1944 fue un político apto que no vaciló en entregar el poder al profesor Ramón Grau San Martín, su adversario electoral. Para nosotros la democracia era inmovible.

Los libros de que hablábamos esa noche, por muy disímiles que fueran, representaban el mismo interés en ciertas dimensiones de la existencia, sobre todo en el aspecto moral; porque la admiración de Fidel Castro por Romain Rolland se basaba en lo mejor del escritor que creyó frenar la guerra de 1914 con alulayas apasionadas a los que se sumaron muchos intelectuales de su tiempo. No importa que la advertencia desesperada de Rolland, Barbusse y Stefan Zweig careciera de fuerza para atajar el estallido de la Primera Guerra Mundial, ni importa que el testimonio de Malaparte, que tanto nos gustaba en aquel momento, apareciese ante nuestros ojos como *texto*, pues en Cuba no había referencias de lo vivido en un teatro de operaciones tan distante de nuestras costas.

De los amigos de aquella noche en Varadero dejé de ver para siempre a Yuyo del Valle y a José Manuel Gutiérrez. Poco antes de mi salida de Cuba, me tropecé varias veces con el ex dirigente de la Juventud Ortodoxa Omar Borges. De Mario Rivadulla supe que sufrió prisión y ahora vive en Santo Domingo, pero no he visto ni siquiera una foto del Rivadulla de hoy. Lo imagino como hace treinta años: alto, delgado y rubio, con los ojos vivos y la voz vibrante que a ratos recordaba la de Eduardo Chibás. A Juan Amador Rodríguez lo he vuelto a ver en Miami y es el mismo de siempre: jovial y sorprendentemente joven, vuelve hacia los recuerdos con una asombrosa precisión.

Amador era uno de los periodistas más populares de Cuba, electo senador con el respaldo masivo de su provincia. Diariamente se despedía de los oyentes de su programa radiofónico, «La entrevista policíaca», con intervalos lentos entre su nombre y apellidos: Juan... Amador... Rodríguez. Así lo fijó en la atención de su auditorio.

Yo andaba dando tumbos por La Habana, buscando el modo de estudiar y trabajar. El novelista Enrique Labrador Ruiz había logrado que me permitieran dormir en la redacción de *Crónica*, una revista literaria de corta duración. Todas las noches, cuando ya no había nadie en la redacción, tenía que armar un catre de lona que colocaba entre los escritorios; pero no hubo modo de evitar que un perrito blanco, propiedad de dos ancianas solteronas que ocupaban las habitaciones traseras del piso, entrara por el cristal roto de las altas puertas interiores y me husmeara constantemente. Terminé por incorporarlo a mi cama y así dormimos juntos durante varios meses.

Y yo era más dichoso que otros: mi amigo Rolando Escardó dormía entre delincuentes en la Plaza del Vapor, que ya no existe, y Fayad Jamís en un ático desvencijado. Salvo dos excepciones que ni siquiera recuerdo, así creció, se desarrolló y se hizo homogénea, y más tarde añicos, la generación a la que pertenezco. En lo único que soñábamos aquellos muchachos era en agarrar los gordos barcos que anclaban en la bahía habanera y escapar a cualquier sitio. Nuestro ámbito natural fue la miseria, pero también la pasión por el arte y el odio por aquellos personajes vociferantes de la vida pública cubana que eran la única imagen de nuestro país.

Juan Amador venía también de la pobreza y se abría camino a brazo partido, como periodista, en las circuns— tandas más adversas. En mis momentos de mayor desesperación acudía a visitarle a la oficina de *Radio Progreso*, siempre con la inquietud de que no estuviera; pero un objeto casi arqueológico denunciaba su presencia: la gigantesca *grabadora* con la que iba de un sitio a otro haciendo sus entrevistas a delincuentes que estaban provisionalmente reclusos en las cárceles o en los hospitales. Juan Amador tenía especial interés en los hospitales; porque en ellos se mezclaban casos distintos: los sobrevivientes de riñas pasionales, las víctimas de intentos de asesinato, los sorprendidos por la Policía en los momentos de cometer sus crímenes. Eran los exponentes de una delincuencia imprevista que Juan Amador colocaba en su justo sitio. Tenía especial talento para desplazar el aspecto dramático de los incidentes y convertirlos en anécdotas simpáticas. Esto humanizaba los *casos* y daba una dimensión sana al periodista. Juan Amador decidió ayudarme y me propuso que seleccionara las entrevistas más humanas y las transcribiera con una breve introducción para ofrecérselas a *Bohemia*. Los cincuenta dólares casi semanales que *Bohemia* le pagaba por ellas me los entregaba íntegramente.

En 1951, ¿qué hacía yo discutiendo con Fidel Castro y Mario Rivadulla, militantes del partido político más importante de la oposición? Es verdad que hablamos de literatura, pero nuestro viaje era de campaña política y yo estaba ronco de hablar como ellos, empleando argumentos similares, y lo cierto es que disfrutaba más de su compañía que de los melancólicos y desesperados amigos que hacían de la cultura un culto casi religioso.

Me gustaba la fascinante acción de Juan Amador, Fidel, Borges y Rivadulla. Ellos no estaban empeñados en el «cambiar la vida» de que nos hablaba Rimbaud, sino en transformar la realidad política y económica de Cuba, sin la cual no era posible obtener resultados en «otros cotos de mayor realeza».

De todos ellos Fidel era el menos atractivo para mí. Su importancia provenía de su arrojo o de su estampa de arrojo, y de algunas acciones audaces que lo confirmaban. Me interesaba más la gravedad inteligente de Rivadulla, cuyo talento oratorio no he olvidado, además de Pardo Liada y Chibás. Eran accesibles, cordiales. Fidel denotaba una falta permanente de concentración, un inexplicable abandono de sí mismo. Dialogaba sin mirar directamente a la cara de su interlocutor, algo que atribuíamos a una miopía que no se resignaba a aceptar; en fin, había una carencia de atractivo en él que trataba de ocultar con una petulancia insólita y agresiva.

De Enrique José Varona —acaso el último de nuestros grandes pensadores y el único cubano que no se interesaba en los adjetivos— me dijo Fidel esa noche: «Me desagrada su inconsecuencia. Luchó contra España y después escribió un largo poema de arrepentimiento, *La hija pródiga*, que haría reír hasta a un uruguayo, y su filosofía positivista no dice nada. Es detestable porque es demasiado realista. La política tiene que manejar cierta dosis de improvisación y de delirio. Si yo tuviera el poder, descartaría a Varona, y trataría de que nadie lo recordara; pero tuvo razón en algo más importante, más feo, menos atractivo para las multitudes, y es que nunca creyó en la democracia ni en el voto, ni en la razón de las mayorías. Los cambios políticos de verdad los hacen las vanguardias y el político que más votos obtiene es el peor. El asentí— miento mayoritario siempre es espúreo. En el aplauso hay transacción. Las ideas nuevas se imponen a puñetazos.»

—¡Que no te oiga Chibás! —exclamó Rivadulla.

Fidel lanzó una carcajada. En Cuba una risotada puede cancelar el debate más serio. Quisiera recordar exactamente sus